

PLUMA INVITADA

EL AÑO DEL FIN DEL MUNDO

POR LUISGÉ MARTÍN

El año 2012, que tan devastador ha sido para casi todo, ha tenido sin embargo resultados casi milagrosos en el universo homosexual, si hacemos excepción de Uganda. En Estados Unidos, Barack Obama apostó abiertamente por el matrimonio igualitario en la campaña electoral. En Francia, Hollande cumplió su promesa y aprobó el anteproyecto de ley de matrimonio entre personas del mismo sexo. En París se inauguró una mezquita *gay friendly*, abriendo la brecha en la homofobia musulmana. En Uruguay se ha aprobado otra ley que reconoce el matrimonio homosexual, la primera de ese subcontinente todavía tan machista y tan homófobo. Y ahora, al final del año, nos enteramos de que David Cameron quiere permitir en su nueva ley que se celebren bodas gays incluso en las iglesias y templos de cualquier tipo. Si Zapatero llega a proponer algo así, Rouco habría muerto de un ataque de ansiedad.

Aquí, en España, la batalla terminó por fin, después de siete años de espera: el Tribunal Constitucional certificó, también con algunos votos de magistrados conservadores, que la ley de 2005 está plenamente ajustada a derecho. La Conferencia Episcopal, que no suele resignarse a entrar en razón ni aunque el mismo San Pedro baje del cielo a predicarles, sigue sin embargo con la porfía, repitiendo argumentos que ya causan fastidio. Si yo fuera Presidente del Gobierno, les propondría a los obispos un pacto de estricto cumplimiento de sus premisas para ver si así, en un acto de coherencia, abandonan la majadería y se dedican a atender a los pobres, que en estos tiempos que corren andan más necesitados de sus oraciones que los homosexuales. Vuelven a decir que la palabra matrimonio tiene su raíz en la maternidad: de acuerdo, permitamos entonces la unión de dos mujeres y asunto zanjado. Vuelven a decir que el matrimonio es una institución creada para la procreación: de acuerdo, prohibámoslo en aquellas parejas estériles, exigiendo en el altar, junto al certificado de bautismo y el examen de catequesis, un informe médico de

fertilidad. Si es así, si solo pueden casarse las lesbianas y las parejas que se comprometan a tener al menos un hijo y acrediten que pueden hacerlo, yo no tengo inconveniente en renunciar a mi matrimonio pecaminoso y yermo. Pero que el embudo tenga las dos entradas iguales.

En estos días he estado leyendo un libro inencontrable –no estaría de más que alguna editorial volviera a publicarlo, en vez de imprimir tantos textos gays inanes– que me prestó Xavier Villaverde, el director de la magnífica *El sexo de los ángeles*. Se titula *Conversaciones secretas* y recopila una serie de entrevistas íntimas realizadas en los años 70 a seis de los cineastas gays más célebres de la historia, desde Luchino Visconti hasta Rock Hudson, pasando por Sal Mineo, Cecil Beaton, George Cukor y Fassbinder. Con la excepción de este último, cuya morbosidad homosexual era exultante, el resto mantenía públicamente la discreción y la vergüenza. Rock Hudson aseguraba que guardar el secreto era fácil: “El estudio ya se encarga de protegerte. Sabes que nadie va a querer publicar la verdad”.

La lectura de las conversaciones es gozosa por la mezcla de candor y de desvergüenza que hay en ellas. Hoy, cuando todo nos hace pensar que Visconti, si viviera, habría podido casarse en la basílica de San Marcos y que las películas de Fassbinder habrían sido despreciadas por ñoñas en los festivales de cine, resultan enternecedoras. Y serían pura arqueología sentimental si uno no supiera que algunos de los actores más populares de la actualidad rehúsan pasar por un *photocall* con sus novios para que no les identifiquen como maricones y les dejen de ofrecer a partir de entonces los papeles de galán. Tal vez comiencen a hacerlo en 2013.

LUISGÉ MARTÍN ES ESCRITOR. SU ÚLTIMA NOVELA PUBLICADA ES LA MUJER DE SOMBRA (ANAGRAMA).